

Militares, política y sociedad

Armando Borrero

Profesor Asociado, Universidad Nacional

“La subordinación del punto de vista político al militar sería irrazonable porque la política ha creado la guerra; la política es la facultad inteligente, la guerra es sólo el instrumento y no a la inversa. La subordinación del punto de vista militar al político es, en consecuencia, lo único posible.”¹

Probablemente, ningún estudioso de los asuntos de la guerra rebatiría el punto de vista de Karl von Clausewitz. Sin embargo, en Colombia muy poco se ocupan los políticos y, de paso, los científicos sociales, de los problemas de la guerra y de las milicias. El mundo de lo civil aparece, en cuanto a producción de pensamiento militar, alejado del mundo de los soldados. Desde los tiempos de Uribe Uribe, quien llamaba la atención de sus contemporáneos sobre lo que cuesta ser nación libre y sobre las implicaciones económicas, políticas y morales de la soberanía, poco se ha dicho. Divorcio indeseable éste, porque los problemas de la defensa nacional no son, no pueden ser, problemas puramente militares. Defensa nacional es el desarrollo económico. Defensa nacional es un consenso sobre valores básicos que definan el universo de las relaciones políticas. Defensa nacional son también el conocimiento científico, la reflexión filosófica y el quehacer educativo.

Es ese el sentido de un trabajo sobre las fuerzas militares en una revista de sociología. Las ciencias sociales tienen mucho que decir no solamente en el campo del análisis político, sino en la investigación de las especificidades institucionales y profesionales de lo militar. El campo de las relaciones civiles-militares ofrece un mundo de problemas de estudio con el mayor interés, que exigen tanto explicaciones globales como estudios especializados.

Las vicisitudes de la historia reciente de Colombia hacen más dramática la separación. La violencia persistente por más de cuarenta años debería suscitar más interés por lo bélico y por lo institucional militar. En las circunstancias presentes, construir un pensamiento

¹ Clausewitz, Karl von, *De la Guerra*, Editorial Labor, Barcelona, 1984, p. 324.

militar para Colombia, es una obligación que trasciende a los institutos militares e implica a todo el mundo académico. De esa tarea depende, en buena parte, el rumbo político de Colombia en el futuro próximo.

Definiciones básicas acerca de la formulación de doctrinas sobre la defensa nacional

La respuesta a las preguntas sobre el ser y el deber ser de las fuerzas militares en Colombia sólo puede ser dada mediante el examen de los conflictos posibles para el Estado y la sociedad. Si no existe correspondencia entre la organización militar de la sociedad y las guerras posibles, la existencia misma de unas fuerzas militares deja de ser válida. La primera condición es, entonces, examinar con realismo la posibilidad de ocurrencia del fenómeno bélico y aceptar, sin enmascarar la crudeza del concepto "guerra", que las fuerzas militares son la organización del Estado dispuesta para prevenirla o hacerla.

¿Cuáles son las guerras posibles para Colombia? Las respuestas van desde el examen de la situación geopolítica mundial, hasta el orden público interno, pasando por los conflictos potenciales en el área inmediata de la vecindad terrestre y marítima. Tres campos deben ser examinados, a saber:

La inserción estratégico-militar de América Latina

En términos de un conflicto global entre las superpotencias y sus respectivos bloques de alianzas, la situación de América Latina es marginal. Si se trata de una guerra nuclear total, la participación latinoamericana se limitaría al intento de sobrevivir a la hecatombe mediante el estudio de los efectos que tal conflicto pudiera tener sobre la población y el territorio y mediante las correspondientes medidas de defensa civil.

Durante la primera fase de la guerra fría se habló de la "posición estratégica" de América del Sur como retaguardia de Occidente con la misión de controlar rutas marítimas y espacios de contención. Estas nociones quedaron obsoletas desde los años sesentas por la capacidad de las superpotencias para alcanzar cualquier lugar del planeta con sus armas nucleares y por la total excentricidad del subcontinente en materias técnico-estratégicas. Por otra parte, la posibilidad de jugar un papel autónomo para superar el escaso peso de la región en las relaciones internacionales, quedó fuertemente afectada por la guerra de las Malvinas. Esto desnudó en la práctica el hecho ya constatado por el Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos, cuando el general George B. Brown indicó cómo "la actual habilidad de las fuerzas armadas latinoamericanas para la defensa contra una moderna fuerza externa, o para participar en la defensa del hemisferio, es mínima."² Lo válido para 1979 lo es todavía, en mayor medida, para hoy.

La guerra convencional en el entorno inmediato

Si bien América Latina en general, y Colombia en particular, no han sido escenario de guerras internacionales frecuentes, la posibilidad de choque entre estados nacionales veci-

² Department of Defense, Joint Chiefs of Staff, U.S. Military Postures for 1979, Washington, D.C., 1978.

nos conserva alguna latencia. Son fuente de conflicto el irredentismo territorial (Ecuador vs. Perú, o Bolivia vs. Chile, por ejemplo) la delimitación de áreas marinas (como en el caso resuelto por la mediación papal entre Argentina y Chile o el problema pendiente entre Colombia y Venezuela) o conflictos político-ideológicos (Nicaragua y Honduras).

En el caso colombiano existen contradicciones con Venezuela y con Nicaragua, que no por remotas como causa de conflicto, dejan de producir inquietudes como las formuladas en torno del incidente naval del golfo de Coquibacoa en agosto de 1987.

Las hipótesis de conflicto derivadas de estas situaciones implican la consideración de conflictos convencionales que enfrentarían fuerzas regulares y que por tanto demandan un determinado tipo de fuerzas militares, de equipo y de tecnología, de apoyo logístico y de relaciones con la economía y con la sociedad.

Un aspecto importante de esta posibilidad es el costo económico de los conflictos convencionales modernos. Estos son tan altos, que una guerra entre países del Tercer Mundo puede convertirse en corto tiempo, cuando se destruyan las armas sofisticadas, se agoten los recursos para mantenerlas y para reemplazarlas, en verdaderas "guerras primitivas",³ libradas con armamentos sencillos, tácticas autóctonas y organización pensada para el efecto. Por tanto, la posibilidad de una guerra convencional entre Estados, implica para un país como Colombia, prever las fases y tomar decisiones sobre las tecnologías más apropiadas para un esfuerzo bélico prolongado.

Guerra revolucionaria

El tercer tipo de conflicto posible, y en el caso colombiano la realidad de muchas décadas, es la guerra de guerrillas. Estas guerras internas, de contenido ideológico, suponen un problema serio para el pensamiento militar y las definiciones doctrinales sobre la defensa y la seguridad nacional, porque se combinan los aspectos militares con los ideológicos, los políticos y las rivalidades internacionales. Aspectos tales como el de la legitimidad del Estado que se defiende y los conflictos sociales internos que sustentan la insurgencia, implican cuestiones más complejas por resolver, en comparación con la claridad de la fórmula "mi patria, con la razón o sin ella", con la cual se afronta la defensa de la soberanía frente a enemigos externos.

Una manera de simplificar el problema y evitar la confrontación con ideas de desgarramiento interno, es la de remitir la cuestión a la intervención de fuerzas externas, expediente que permite legitimar la defensa de un régimen o un tipo de Estado, porque sustituye esta noción, con la defensa de la patria. Sin embargo, la confusión va más allá de mecanismos oscurecedores del problema, porque desde la Segunda Guerra Mundial y hasta el presente, el conflicto Este-Oeste atraviesa todos los conflictos internos de las naciones del Tercer Mundo y, en algunos casos, como en las guerras de liberación nacional, ha jugado un papel determinante. La gama de posibilidades va desde el involucramiento abierto de las superpotencias como en Vietnam, hasta conflictos como los de Argentina y Uruguay (guerrilla urbana y terrorismo) en los cuales difícilmente pueden pensarse influencias externas distinta de la ideológica y del eventual entrenamiento militar de unos pocos hombres.

³ Cfr. Yépez Daza, Jacobo. "El Realismo Militar Venezolano" en Nain, Mosés y Piñango, Ramón, *El Caso Venezuela*, IESA, Caracas, 1986, 3a. edición, pp. 328-439.

Las consecuencias de este tipo de pensamiento son decisivas para precisar la acción militar de un Estado y serán examinadas con más detenimiento más adelante, cuando el trabajo toque el problema de la definición de un pensamiento político para las fuerzas militares.

Las hipótesis de guerra, arma de doble filo

La elaboración de hipótesis conflicto es un oficio rutinario de los estados mayores. De éstas depende el planeamiento militar. Pero, a su vez, la determinación de esas hipótesis se convierte en una amenaza para la paz, porque genera la desconfianza entre Estados o entre sectores sociales y políticos de una sociedad nacional. En este sentido, las hipótesis desatan los mecanismos de las "profecías autocumplidas."⁴ Si un Estado A elabora hipótesis de conflicto con el Estado B, los planes y la asignación de recursos acordes con el supuesto, se traducirán en medidas que el Estado B interpretará como potencialmente agresivas. Un determinado orden de batalla de las unidades de A, o una concentración de tropas y medios, obligará a B a tomar medidas, las cuales, a su vez, reforzarán los supuestos iniciales de A. De estos círculos viciosos está llena la historia de las guerras.

En lo interno, guardadas distancias y proporciones, puede suceder algo similar. Si un grupo o partido político, por ejemplo, siente presión, vigilancia u hostigamiento por parte de los organismos de seguridad (muchas veces esta función es asumida por organismos de inteligencia militar) percibirá que las posibilidades de acción política legal se reducen y aumentará la propensión al trabajo político clandestino el cual, a su vez, legitimará las apreciaciones de los organismos de seguridad. En Colombia, las desconfianzas mutuas entre militares y guerrilleros no han sido factor despreciable en los fracasos de algunos intentos de conversaciones de paz.

El papel de las fuerzas militares en Colombia

Las fuerzas militares colombianas ofrecen aspectos diferenciales de sumo interés, frente al estereotipo de la institución militar latinoamericana. Entre estos aspectos, resaltan los siguientes:

1. No existe en Colombia una tradición de golpes y gobiernos militares. Incluso la llegada al poder de los militares durante el corto interregno de 1953-57 se dio en el marco de los conflictos internos del partido gobernante, antes que en los moldes clásicos de la insurgencia militar.
2. El gasto militar colombiano, el tamaño de las fuerzas militares y el equipamiento de las mismas, es bastante modesto en términos comparativos. Colombia tiene la proporción de gasto militar sobre el PIB más baja de toda Suramérica y junto con México (y sin contar a Costa Rica) los más bajos de toda Latinoamérica.
3. La situación anterior se da en condiciones de un conflicto interno prolongado *sui generis* en América Latina. Desde 1948, las fuerzas militares, especialmente el Ejército, han estado inmersas en labores de control del orden público. Las sucesivas etapas de

⁴ Cfr. Merton, Robert K., *Teoría y Estructura Sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, Cap. XIII, pp. 505 y ss.

violencia las han mantenido en operaciones antiguerrilleras permanentes y en los años 80, con un compromiso que alcanza a la totalidad de las unidades operativas y tácticas del Ejército, y buena parte de las otras fuerzas.

Los tres puntos anteriores son, realmente, poco comunes en América Latina. Pero la sociedad, el Estado y el sistema político colombiano tienen particularidades que los explican. Por otra parte, la honda crisis de violencia que se vive en los años 80, introduce alternativas diferentes en cuanto a la participación de las Fuerzas Armadas en la política y en el gasto público y en cuanto a la continuidad de las luchas internas sobre los moldes clásicos de la guerrilla revolucionaria, enfrentada al Estado y a sus fuerzas militares y de policía.

El contexto de una reflexión sobre las fuerzas militares colombianas no puede estar por fuera de la crisis de Estado que vive la nación. Los procesos de desinstitucionalización que se viven, sobre todo en las ramas legislativa y judicial del poder público, seguramente redefinirá el papel de las Fuerzas Armadas en el futuro inmediato.

4. Definitivamente los problemas internos son los inmediatos para las fuerzas militares. Tradicionalmente, los conflictos externos no han sido problema importante para el Estado colombiano. Definidas las fronteras, solamente un conflicto de poca entidad y breve, la guerra fronteriza con el Perú por la recuperación del puerto amazónico de Leticia, vino a turbar la paz internacional. Este conflicto, sin embargo, no dejó secuelas como disputas posteriores o sentimientos de antagonismo con el Perú. La participación colombiana en la guerra de Corea tuvo connotaciones de política interna y el exotismo y lejanía del enemigo no permiten ubicarlo como conflicto con influencia en los sentimientos o en los intereses nacionales.

Colombia tampoco ha estado en primera fila dentro de los intentos de establecer nuevas relaciones con los militares suramericanos, iniciados por los Estados Unidos bajo la administración Reagan. Estos intentos son más notorios en los casos de Venezuela, Brasil y Chile. Con Venezuela, los Estados Unidos rompieron la política de no introducir armamento de última generación en América Latina (venta de aviones F-16) por razón del papel que le asignan a este país en el Caribe. Brasil, viejo aliado de los Estados Unidos, juega bajo la hipótesis de ser el país clave en el sistema de seguridad latinoamericano, tanto por su tamaño como por el papel en el comercio internacional de armas. En cuanto a Chile, se mejoran las deterioradas relaciones con Estados Unidos con el anterior régimen y se fortalecen los vínculos con las fuerzas militares. Colombia no juega en estos escenarios de seguridad sino de manera marginal.

En primer lugar, el país no es un comprador grande de armas. Como todos los países suramericanos, ante las restricciones norteamericanas, ha diversificado sus proveedores. Alemania, Francia, Brasil e Israel son los más importantes. La ayuda norteamericana se orienta más hacia el combate contra el narcotráfico, pero no es significativa y, finalmente, la intensidad de los conflictos internos paraliza cualquier posibilidad de proyección externa de poder militar. No cuenta como potencia regional para tener un papel determinante en el Caribe como el asignado a Venezuela. Tampoco, por su posición geográfica, en el control de las rutas marítimas del Atlántico sur (Brasil y Argentina) ni en la vigilancia de las vías del Pacífico (Chile).

Pasará tiempo antes que esta situación cambie. En el futuro, los cambios que hoy se dan en la esfera de las relaciones entre las superpotencias y el cambio de un mundo bipolar a

otro multipolar, determinarán otro papel para Colombia. El desarrollo de la cuenca pacífica traerá nuevas preocupaciones. Pero el contexto actual para las fuerzas militares es el de la lucha antiguerrillera, el narcoterrorismo y las redefiniciones políticas del Estado colombiano.

El pensamiento político de las FF.AA.

Las circunstancias presentes de la vida colombiana obligan a poner en primer plano el problema de la guía política de las Fuerzas Armadas colombianas. Tradicionalmente, en Colombia la dirigencia política ha invocado la apoliticidad y la no deliberancia de los militares y la Policía Nacional. El discurso de Alberto Lleras Camargo a los militares colombianos en 1958⁵ cuando comienza la etapa del Frente Nacional, después del gobierno militar, es una exaltación de la total abstención de las Fuerzas Armadas en política y se ha invocado, la última vez por el presidente Belisario Betancur cuando sustituyó al ministro de Defensa, general Fernando Landazábal, como la definición de las relaciones entre el mundo de lo político-civil y las Fuerzas Armadas. A cambio de la abstención deliberativa de éstas, ese discurso ofreció a su vez, a los militares, que "la política no va a entrar a los cuerpos de la defensa nacional; ninguna presión me obligaría a contrariar lo que yo entiendo como la salvaguardia de la paz y la garantía de que la República esté bien defendida, es decir, la imparcialidad, la neutralidad política de las Fuerzas Armadas."⁶

El discurso citado, al comenzar el Frente Nacional en 1958, era como un registro de un proceso que culminaba. El cambio de unas Fuerzas Armadas, con la oficialidad devida por las adscripciones políticas tradicionales de los colombianos, a otras con preocupaciones políticas nuevas, inscritas en el conflicto Este-Oeste. Se hacía, además, un deslinde que implicaba más autonomía para los militares en el manejo de los asuntos internos de la institución. Textualmente el orador se refirió a una relación contractual: "Así entiendo yo el gran contrato de recíproco respeto entre el gobierno civil y las Fuerzas Armadas. No voy a pedirles nada que no esté escrito en la Constitución y las leyes. No me podrán pedir nada que no esté obligado a darles."⁷

Muchos son los contratos de este tipo en el sistema político colombiano y más adelante se hará referencia a esto. En todo caso, el gobierno militar, antecedente del Frente Nacional, redefinió la posición de las FF.AA. en el sistema político. Desde entonces, por ejemplo, el Ministerio de la Defensa ha estado invariablemente en manos de un general.

Plantear un ejército apolítico es una contradicción en los términos. Más aún, un ejército sin pensamiento político es un ejército que no conoce su oficio. La confusión entre apoliticidad y apartidismo institucional no se ha discutido lo suficiente en Colombia. Lo cierto es que la falta de un pensamiento político para guiar las instituciones armadas, se ha revelado como un factor más de la crisis reinante.

Durante todo el Frente Nacional y los gobiernos siguientes, el fundamento político del actuar de las FF.AA. ha sido el anticomunismo. El conflicto Este-Oeste, en su versión de teoría conspirativa de la historia, es el soporte de las apreciaciones estratégicas. Difícilmente

⁵ Lleras, Alberto. "Las Fuerzas Armadas", en *Escritos Selectos*, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1976, pp. 123-139.

⁶ *Ibid.*, p. 136.

⁷ Lleras, Alberto, *op. cit.*, p. 136.

este conflicto no hubiera podido estar en primer plano dadas las características de los conflictos colombianos, sobre todo por la presencia de guerrillas revolucionarias desde los años sesentas. Lo cuestionable estriba en el insuficiente énfasis puesto en las condiciones internas del conflicto, comparado con el que se pone en la conspiración internacional comunista.

La consecuencia más grave de esto es pensar los conflictos colombianos en una perspectiva puramente ideológica, lo cual determina a su vez, una ética maximalista y una dificultad grande para comprender tanto la naturaleza como la posición de los actores, en los múltiples tipos de conflicto violento que se da en el país.

Una primera confusión surge de colocar el conflicto interno en los solos términos internacionales. Si el conflicto es apenas expresión de una lucha externa, entonces se impone la lógica de las mismas: la nación, como un todo indivisible, se defiende de un ataque extranjero. Cualquier nacional, ya no solamente en armas sino ideológicamente percibido como cercano al enemigo, es un aliado de éste y por tanto un traidor. Con esa lógica no se puede comprender totalmente la naturaleza del conflicto interno y, por tanto, tampoco se puede situar correctamente el papel que cumplen los llamados grupos paramilitares o de justicia privada en la lucha contra la subversión, ni los peligros que estos grupos entrañan para las propias Fuerzas Armadas.

En este punto es donde se hace sensible la falta de una guía política clara para las organizaciones militares y de policía. Muchos comandantes, sobre todo los que se encuentran en zonas de enfrentamiento intenso y se sienten con medios restringidos y aislados, pueden ver en estos grupos "aliados". En los conflictos externos "el enemigo de mi enemigo es mi amigo". Pero las alianzas entre naciones no ponen en cuestión las instituciones de cada uno de los estados. Se hacen entre estados que monopolizan su propia fuerza. La esfera externa es la de la competencia. Pero precisamente para poder competir, los estados nacionales minimizan en su interior la competencia armada por el poder. El Estado moderno es el único detentador de la fuerza y todo paralelismo, de cualquier signo, lo debilita.

Si bien no puede afirmarse que hubo un plan y un compromiso institucional con estos paralelismos, sí fue notorio el desarme tanto ideológico como científico-social para afrontar el problema. La mezcla y entrecruzamiento de todo tipo de conflictos sociales (ideológicos, de delincuencia organizada, de conflictos locales y de insurgencia armada) no puede ser tratada con la sola definición del peligro del "comunismo internacional" y la definición de "enemigos internos" como aliados y agentes del "enemigo externo". Para precisar operaciones, trato de la población civil, relaciones interinstitucionales y, sobre todo, para definir los enemigos, se necesitaba mucho más. Sobre todo, faltó claridad política para comprender que en la esfera de lo interno no existen -no pueden existir- "aliados" con armas. Toda fuerza que el Estado estimule, o simplemente tolere, con armas, es un enemigo potencial (y en plazos generalmente cortos, un enemigo activo) para el Estado. La confusión entre autodefensas controladas por el Estado y grupos controlados por otras fuerzas, acabó por confundir también el panorama colombiano. La fascinación que pudieron sentir muchos jefes militares por el modelo guatemalteco, no sufrió el contraste de una crítica que tuviera en cuenta la enorme complejidad de la sociedad colombiana de los años ochentas.

Entre líneas está planteado ya el problema del narcotráfico. El Estado colombiano enfrenta dos violencias: una desde fuera del Estado, la de la guerrilla, que lucha por destruirlo o capturarlo para sustituirlo. Otra, que busca paralizar unas partes del Estado, insertarse en otras y, en todo caso, poner de su lado instituciones que necesita para facilitar

su actividad, o paralizarlas para que no se interpongan. Militares y policías se encuentran en el ojo de la tormenta: aparato que debe ser destruido según unos –la guerrilla– y aparato que debe ser corrompido según otros –el narcotráfico–. Lo paradójico de la situación para las FF.AA. es que el componente internacional es tal vez más importante en la segunda, el narcotráfico, que en la primera, la guerrilla. Con la guerrilla el Estado puede combatir o negociar dentro de los límites de la sociedad nacional. Con el narcotráfico necesariamente se trasciende a la esfera externa. El Estado debe combatir la violencia que éste produce, pero es claro que no puede afrontar solo el combate contra el tráfico. Sus orígenes y su fortaleza económica están en el Primer Mundo: en Estados Unidos primero y en Europa en segundo lugar. La guerrilla, en cambio, sufre el desarme ideológico de la crisis del mundo socialista y del pragmatismo creciente en la solución de los conflictos del Tercer Mundo.

De las consideraciones anteriores se desprende otra confusión: la que existe entre una lucha librada por medios policivos contra una actividad que si fuera legal no cuestionaría ni al Estado ni al sistema político, y una lucha militar, de guerra irregular, contra fuerzas que sí cuestionan el orden vigente. El involucramiento total de las Fuerzas Armadas en los dos conflictos implica otro campo de reflexión crítica que no se ha hecho y para el cual el concurso de la sociedad civil con sus instituciones de investigación es absolutamente necesario. El aislamiento de las FF.AA., al cual se referirá este trabajo más adelante, dificulta ese concurso.

En general, se puede afirmar que no existe una doctrina coherente, completa y moderna sobre los problemas de la defensa nacional colombiana. Desde luego, la complejidad de la crisis dificulta una percepción clara de las prioridades. Pero, además, existe una desconexión evidente entre las instituciones que pueden generar pensamiento político para las FF.AA. y éstas. Ni los partidos políticos ni las universidades tienen canales formales de comunicación con los militares. La compartimentación del sistema político colombiano y la creciente autonomía militar para diseñar sus propias metas se combinan para hacer más dramático el aislamiento mutuo.

En el campo mismo de las instituciones militares que deberían cumplir ese papel, se encuentra una universidad militar que no responde al esquema de instituto de altos estudios sobre la defensa sino al de una universidad profesionalizante, de tipo convencional, sin actividad investigativa y que es más bien un organismo que refuerza el aislamiento social de los militares. La Escuela Superior de Guerra, a pesar de su carácter específicamente militar, tiene contactos con el mundo civil en los cursos que imparte, pero son más episódicos y personalizados que producto de un esfuerzo continuado y organizado con instituciones civiles.

La definición de prioridades en materia de defensa nacional tropieza con los hechos. Durante decenios los conflictos internos, hoy más diversos en orígenes y consecuencias, han condicionado el actuar militar. Los posibles conflictos externos se mantenían como hipótesis remotas. Los acontecimientos de los años 80 obligaron a pensar en realidades más cercanas. El incidente naval de agosto de 1987 en el golfo de Venezuela en el cual hubo, por parte de Venezuela, un desafío militar abierto, desnudó la indefensión del país para afrontar un conflicto convencional o tan siquiera sostener por disuasión una capacidad de negociación. El reclamo nicaragüense sobre el archipiélago de San Andrés, así sea poco creíble, es otra espina. La experiencia de agosto del 87 obligó al gobierno a invertir recursos en defensa convencional que de otra manera no se habrían producido. En dos años se reconstruyó la Fuerza Aérea y se recuperó el equipo de la Armada. Internamente se introdujo una tensión grande en las FF.AA.: simultáneamente pensar en guerra convencional, equipos modernos, tecnología, educación y entrenamiento por una parte y, por otra,

definir el actuar de contrainsurgencia con otras prioridades como control territorial y control de población.

En conclusión, las FF.AA. colombianas tienen un serio problema de definición política para su actuar. Es claro que la elaboración de un pensamiento tal es, en primer lugar, una responsabilidad del Estado en su conjunto, porque las FF.AA. mismas no poseen un sistema democrático para trazar sus propias concepciones estratégicas. Aquí tiene cabida clara la fórmula de von Clausewitz, de que la política debe anteceder a las formulaciones estratégicas. La compartimentación del sistema político es, nuevamente, la clave para comprender la ausencia de mecanismos institucionales para debatir y definir la orientación política de las Fuerzas Armadas, en función de la construcción de un Estado democrático y pluralista.

El aislamiento social militar

El campo de las relaciones entre militares y sociedad tiene posibilidades infinitas para definir problemas de investigación. Piénsese solamente en el papel de integrador social y constructor de nacionalidad que pueden jugar las organizaciones militares. La función de resocialización de jóvenes, la formación de recursos humanos y la contribución militar al desarrollo científico y tecnológico, son aspectos de ese papel que tienen el mayor interés. Sin embargo, aquí se tratará solamente un aspecto que hace relación con la dificultad para establecer puentes entre el mundo de lo civil y el de lo militar, vale decir, el aislamiento social militar, la tendencia a vivir apartados con sus propias organizaciones para satisfacer las necesidades de sus miembros y familiares.

Los oficiales y suboficiales desarrollan un espíritu corporativo notorio como resultado de muchos factores, tales como los largos períodos de formación, los códigos de conducta profesional, los rituales y símbolos, las tradiciones familiares ligadas a la institución familiar y la convivencia de todos a lo largo de sus carreras en un medio estrecho socialmente. La burocratización militar refuerza el desarrollo de prácticas corporativas orientadas por una subcultura profesional, bastante más cohesionada que otras con excepción, tal vez de las religiosas. Ahora bien, toda institución militar moderna tiene necesidades de apartamiento social por causa de la naturaleza de sus funciones y por otra parte, es normal que las instituciones de este tipo (instituciones absolutas) tiendan a copar la mayor parte de las relaciones sociales de sus miembros. Pero en el caso de los militares colombianos, la prolongación del conflicto armado interno y el involucramiento militar en la represión de delincuencia y control de movimientos sociales, han pesado como factores de un cierre institucional sumamente acentuado que no parece conveniente ni para las mismas FF.AA. ni para el desarrollo político futuro del país.

En otros tiempos, las unidades militares o las personas individualmente podían ser relevadas de las zonas de alto compromiso en materia de orden público. Existían unidades de servicio en tareas propias de tiempos de paz y otras en operaciones. Hoy, la variedad de conflictos en escenarios tanto urbanos como rurales, hace que todas las unidades estén envueltas. De esta manera, la oficialidad y la suboficialidad pasan períodos sumamente largos –y continuos– en control de orden público, sin posibilidad de mantener relaciones sociales medianamente estables ni siquiera en el orden familiar. La observación de casos en oficiales subalternos, revela situaciones que sin exagerar son dramáticas. Meses y meses de patrullajes y vida en bases alejadas, sin contacto familiar y minimizado hasta el institucional, provocan una relación anómala con la sociedad. Generaciones de oficiales, sobre todo en los últimos diez años, se han formado en el “ghetto” social militar.

Las tendencias corporativistas también refuerzan el aislamiento. Potenciadas por la necesidad de seguridad han hecho que cada vez más la institución cope la vida de sus miembros y de sus familias. La movilidad, de guarnición en guarnición, tampoco favorece el echar raíces. Los grupos de referencia, las diversiones, la educación, la seguridad social, la vivienda, todo se da en ámbito cerrado. Dentro de unos años llegarán a las posiciones de mando oficiales muy poco relacionados con la sociedad civil. Los sentimientos de superioridad moral, el realce de sus valores como los únicos eficaces, la visión unilateral del mundo y hasta resentimientos contra un medio social percibido como hostil, no son una buena base para manejar un instrumento político fundamental de la vida nacional.

Militares, política y sociedad

Resumen

1. La definición de una doctrina de defensa nacional implica examinar la inserción estratégica de América del Sur en los conflictos mundiales, las guerras posibles en el entorno internacional inmediato y el conflicto interno en la sociedad colombiana. Este último es el decisivo en Colombia.
2. Las fuerzas militares colombianas definen su pensamiento sobre dos aspectos fundamentales: la no intervención en política partidista y el énfasis en explicar el conflicto interno en términos del conflicto Este-Oeste. Este pensamiento se revela insuficiente para afrontar los conflictos internos y aclarar el papel de las fuerzas militares.
3. El aislamiento social tradicional de las fuerzas militares en toda sociedad, se agudiza en Colombia por razones surgidas del conflicto interno. En la discusión sobre la defensa nacional no participan los partidos políticos ni el mundo académico. El aislamiento social militar lleva a relaciones anómalas entre los miembros de las fuerzas militares y el resto de la sociedad, en virtud del excesivo apartamiento.

Military, Politics and Society

Abstract

- 1 *Even though Colombia has suffered a long internal conflict, the armed forces are smaller and less expensive than the average in Latin América.*
- 2 *Military thought in Colombia is based on two assumptions: non intervention in party politics and emphasis upon international communism as the key explanation of internal conflict.*
- 3 *Power in Colombia is fragmented. The political system is divided in relatively autonomous areas. The Armed Forces control their own realm of power. They are relatively isolated from the political system at large, and do not interfere directly as they do in other Latin American countries.*
- 4 *Colombia does not have a coherent doctrine of national defense, neither the democratic mechanisms to develop such doctrine. The Armed Forces are relatively autonomous to set their institutional aims.*

